

nar el día menos pensado. Tumbábase encima de la hierba, de cara á las nubes, para pensar alto, y veía cómo los astros iban encendiéndose uno á uno, por parejas, por constelaciones; sin proponérselo, pensaba en mundos infinitos, en existencias superiores, en felicidades supremas, y ganábalo una dulzura intensa que lo inmovilizaba de cuerpo y le soltaba las ideas á que volaran, á que subieran, allá, arriba, ¡quién sabe dónde!, cual si sus ideas poseyeran alas y en la mente del artista desgraciado se consumieran prisioneras... Si por acaso cerraba los ojos con el propósito de que la jaula de su cráneo no quedase desierta, ¡qué incongruencia!... ¿pues no entrábanle secretas ganas de ponerse á rezar, muy quedito, para los astros? ¿no involuntariamente volvíase á Dios y se creía dotado de su alma de niño, la que en las escuelas habíanle amputado cuando le demostraron con una millonada de razones científicas que la tal no existe ni es posible que exista porque... pues, por todo aquello que le explicaron y que á él se le grabó corrosivamente en los interiores de su sér?...

Salvador atribuía el curso de sus pensamientos á debilidades impropias de hombre, y ahogaba el impulso, rompía el hechizo, se incorporaba bruscamente, y, ya anochecido regresaba á la ciudad, á la cloaca cuyas fosforescencias impuras, á la distancia diademábanla de un halo luminoso. A la cloaca tornaba; y para que la tentación no lo invadiera otra vez, en lugar de mirar á lo alto, á lo bajo miraba, gacha la cabeza y el andar tardo; como si el *algo* que faltábale, hubiera de encontrarlo por los suelos, buscando...

## II

Convencido de que se estrellaría al tocar la tierra, apretó sus ojos y extendió los brazos, vertiginosamente atraído por el abismo que columbraba en su descenso... ¿Por qué caía, tan de repente? ¿Por qué había subido, tan alto, con qué poder, desde cuándo?...

Como tardase en llegar, no obstante que bajaba á grandísima priesa, entreabrió los ojos, con miedo, para averiguar por dónde iba, y tan cerca hallóse de la tierra que, en rápida ojeada, abarcó un extenso conjunto: los volcanes, las montañas, los lagos del valle de México, al instante reconocidos; luego, vió la ciudad enorme, tendida á sus pies, morisca, envuelta en gasa de polvo, apenas rasgada aquí y allí por las torres de los templos, por chimeneas, por los observatorios simulando minaretes... Y conforme acercábase, siempre con los brazos rígidos, convencido de que lo mataría la intensidad del choque, sudando un frío sudor copioso que lo empapaba y estremecía por lo irremediable del riesgo sin duda, todavía acertó á mirar la florescencia extraña de la anciana ciudad impenitente; sí, vió unas flores extraordinarias, cuyos nombres, sin embargo, él sabíase de coro aunque de nadie los hubiese aprendido, que aplicaba con una portentosa atingencia no obstante divisarlas malamente en su sin igual caída; flores con aromas ignotos, con colores fantásticos, cual ni los chinos ni japoneses imaginaron nunca para los bordados mágicos de sus sedas ó para el esmalte

y relieve de sus lacas únicas... flores que se mecían en los bosques, en los parques y alamedas, en los jardines de los acandalados y en los tientos de barro de los pobres; hasta en las juntas de las losas de las plazuelas miserables, hasta entre las piedras de las calles y de las callejas más apartadas y lamentables... veía la Flor del Homicidio, la Flor del Adulterio, la Flor de la Muerte, las flores de todos los crímenes y las de todos los pecados, *las flores del Mal* del poeta, que crecían y crecían lozanísimas, regadas y cuidadas para que ninguna virtud las secara, por ancianos y niños, por hombres y mujeres, por ricos y menesterosos, por autoridades y gremios, por los maestros, que debieran de difundir la luz, y por los discípulos, que debieran de aprovecharla, ¡por todos!... menos unos cuantos, poquitos, que furtivamente, cual si acto reprobado ejecutasen, cuidaban y regaban las flores del Bien, la Flor de la Vida, la de la Honradez, la del Amor y la de la Justicia... Tan contados eran estos últimos, tan distanciados hallábanse entre sí, que no se conocían ni trataban; hallábanse tan necesitados de agua ¡oh, unas gotas de la que los otros vertían á raudales sobre su flora maldita!—que para conservar las flores del Bien medianamente frescas, para atajar su completo agostamiento, con lágrimas regabanlas y con las manos trémulas y sangrantes enderezaban sus tallos espinosos... Entristecido de que lo arrojaran desde lo alto—¿quién? ¿por qué?...—á fin de que se hundiera entre las flores que más dominaban (las otras las distinguía difícilmente), volvió á cerrar sus ojos, ya muy cerca del suelo, y fervorosamente, con fe infinita que le brotaba de ignoradas fuentes, por un esfuerzo mental poderosísimo tornóse á Dios y le pidió que ya que le deparraba esa muerte instantánea, le consintiera caer en uno de los entrevistados huertos sin mancha...

¡Y cayó!...

Debía estar muerto ó á punto de morir, pues hecho pedazos se sentía de resultas de la caída, y tan débil, que no atinaba á moverse, ni á abrir los ojos. ¡Qué silencio tan grande el que oía y qué anhelo de llorar, Señor, de que el pecho se le desahogara con el llanto!... A poco, creyó percibir lejano rumor de voces, un ambular de luz que alguien condujera entre las manos; y seguro de hallarse ya en el cementerio, en la mismísima fosa, supuso que luces y voces serían las de los enterradores que se alejaban luego de concluida su fúnebre faena... Trató de incorporarse y de gritar, de pedir socorro, y sólo el llanto vino en su auxilio... Sin abrir los ojos, por una necesidad meramente nerviosa rompió á llorar, y sintió, así como suena, sintió que le enjugaban su llanto, y escuchó, distintamente escuchó que decían muy cerca de él:

—«¡Bendito sea Dios, señor Covarrubias, su amigo se ha salvado!»

¿Qué voz sería aquella que él no identificaba? ¿de qué se habría salvado? ¿de morir? ¿de que le enterraran vivo? ¿qué venía á hacer Covarrubias junto al cuerpo suyo de lo alto caído?...

Pugnó ahora por abrir los ojos y cerciorarse de si vivía ó agonizante deliraba; pero ahora sus párpados se negaban, carecía de fuerza para levantarlos.

El murmullo de palabras continuaba; continuaba el ir y venir de las luces; de nuevo oyó que le hablaban, aunque en esta vez reconoció la voz del amigo, de Covarrubias, que lo interrogaba.

—«¿Me oyes, Salvador? ¿sabes quién está hablando?..»

Tampoco le fué dable contestar ni los labios acataron el mandado de la voluntad. Embargábalo dulcísimo sue-

## F. GAMBOA

ño, un bienestar inesperado; ya nada dolíale ni nada apeteecía, sino dormir ese sueño que lo invadía; dormir mucho, años y años... Pudo al fin, un segundo, despegar los ojos, y suspensos sobre él creyó ver tres rostros apiñados que á la débil flama de una vela que tapaban con las manos lo examinaban con marcado interés. A Covarrubias lo distinguió en el acto, quizá porque era el más próximo á su rostro; las otras dos personas se le esfumaban: una cara masculina, con anteojos y barba; una cara de mujer, pálida, con tocas, como las religiosas... Quiso sonreírles, narrarles lo visto arriba y lo visto en su descenso, pero el sueño aquel se lo estorbó y ya ni vió ni oyó. ¡Dormía!

La convalecencia, aunque prolongada y delicadísima, no le resultó ingrata. Por las mañanas, en la azotea, arrellanábale en su viejo sillón abacial, calada la gorra y enfundado en su chaquetón de pana que usaba para pintar; el taburete de los pinceles, sustentando sus pies; mantas y colchas impidiendo que las piernas se le enfriaran, y encima de éstas el «Obispo», adormecido, disfrutando al igual del amo enfermo, el sol de otoño que los bañaba á los dos con idéntica fuerza. Antes de las diez, en que tenía que hallarse en el hospital, Cisneros, el médico llevado por Covarrubias y que no cobraba por la cura ni una peseta á pesar de la buena falta que le hacía, Cisneros venía á enterarse de cómo había sido la noche, á conversar un cigarrillo y á prometer su vuelta para la hora de la tertulia nocturna. En los primeros días de su resurrección, en que aún no podía valerse á sí mismo, la religiosa que atendíale, de balde también, le daba medicamentos, comida y moderado palique—este último hasta que no se lo conquistó con sus andares sin ruido, su mansedumbre y su paciencia, la inmensa caridad que se desprendía de su per-

## RECONQUISTA

sona, hábitos y tocas; pues á los principios, por lo que el traje de la «hermana» y su juventud no exenta de cierta pureza de líneas, le abrieron la mal cerrada llaga del monjío de su hija Magda, Salvador no le dió oídas, ni respuestas, ni gracias; dejábase hacer, envuelto en un agresivo mutismo.

Al sonar la una presentábase Covarrubias, precedido de la «casera», que conducía la comida humeante dentro de un canasto con servilleta; Covarrubias no se llamaba Julián, sino *Baltasar*, y el yantar humilde no se apodaba almuerzo ni comida, sino *festín*. A comer entraban los tres: la religiosa, Julián y Salvador, con su inseparable «Obispo»; la «casera» los servía, y los comensales y el estudio alegrábanse para rato. A las tres menos cuarto, Covarrubias se despedía, con brindis siempre, maldiciendo de su carencia de caudales que encadenado tenía á una oficina del Gobierno donde ganaba el pan, «el pan nuestro...»; prometiéndole á la religiosa su canonización ¡asunto de un par de meses!, á Salvador la salud ¡asunto de un par de días!, y profetizándose para sí mismo ¡asunto de un par de siglos! más reputación y fama por sus libros, que la de Zola y Tolstoi por los suyos... ¡Ah!, para el «Obispo» auguraba un sepulcro con mausoleo en el cementerio de gatos que México fundaría al propósito de no ser menos que Londres con su cementerio de perros... A «Netzahualcōyotl» premiábale inmediatamente con un pedazo de fruta, que en persona llevábale á su jaula.

Partido Covarrubias y alzada la mesa por la «casera», muy arropadito, Salvador descabezaba una siesta larga en el rincón más abrigado del taller, tras el biombo medio roto, donde pasáronle el catre cuando su gravedad. La religiosa, cual si también se marchase, pues ni quien la oyera en sus rezos y plegarias de todas las horas; entre sus de-

## F. GAMBOA

dos, desgranándose las gruesas cuentas del conventual rosario; entre el mundo y ella, virtudes y oraciones.

Con ser las tardes cortas y las siestas largas, despertábase Salvador á horas en que su estudio mutilado principiaba á obscurecerse, siendo lo raro que, conforme la estancia obscurecíase, á él se le iluminaba la memoria, por lo que muy en silencio, á efecto de que la religiosa no advirtiese su despertar, se ponía á devanar los ovillos de sus planes y recuerdos. Hasta lo soñado durante la fiebre cerebral, que por poco no carga con él, quiere decir, hasta los fragmentos del delirio calenturiento que aún permanecíanle adheridos en los desvanes de su cerebro, como en las esquinas quedan al aire meciéndose, trancos y desteñidos, trozos de anuncios, de programas de fiestas con sólo unas cuantas letras legibles que, sin embargo, nos permiten al pasar junto á ellos y contemplarlos distraidamente completar la frase que alguna vez (¿cuándo?... ) se leyó íntegra, hasta esos fragmentos Salvador los mezclaba á su rumiar de proyectos y añoranzas que entre las sombras del cuarto cobraban alma. Después, asaltábalo sin fin de preguntas: ¿cómo estaba viviendo? ¿quién sufragaba gastos? ¿Covarrubias?... ¿de dónde?... Y como todavía sintiérase enfermo y débil dejaba al tiempo el cuidado de responderle, por egoísmo propio de convaleciente que renace, por mero regocijo animal de palpase completo y en vías de alivio. Aunque en el mismo instante la enfermera se le apareciese y discretamente, de lejos, le preguntara si ya había despertado, si quería luz ó agua, ó que lo ayudara á instalarse en el sillón, en lugar de aclarar con ella la serie de enigmas, limitábase á contestarle:

—¡No, hermana, muchas gracias, así estoy bien!...

Retirábase la hermana con sus sordos andares de espíritu que no pisa los suelos, y Salvador volvía á engolfarse

## RECONQUISTA

en reminiscencias y planes; de entre éstos descollaba el propósito irrevocable de trabajar muchísimo en cuanto se aliviara del todo y no lo atacaran más los vértigos que hoy, á la menor concentración, hacíanle perder el sentido y lo derribaban lo mismo que si de plumas estuviese fabricado. De las reminiscencias—¡habráse visto!—las que descollaban eran las que con Carolina y sus amores relacionábanse; pero sin asomos de remordimiento por el abandono de él, nó, más bien una concienzuda pormenorización de los sucesos y una lógica certidumbre de que al levantarse sano é irse por esas calles de Dios, con Carolina había de tropezar y Carolina había de seguirlo adonde él la llevara, sin recriminaciones ni protestas, cual si no hubieren mediado ofensas graves, ni el tiempo hubiera transcurrido, ni la ausencia hubiera acabado de dar al traste con los vínculos rotos bárbara y cobardemente... ¿No él, Salvador, al cabo de su tremenda enfermedad vencida de milagro, volvía á lo que fué antes de enfermar? ¿Por qué Carolina habría de estar en brazos de otro que la hubiese justipreciado y otorgádole la dicha que tanto merecía y que él le arrebató sin razón ni motivo?...

Por si el divagar con estas ideas—que algo acibarábanle el gusto, la última particularmente de que Carolina casada ó no, con otro viviese,—fuera un remordimiento disfrazado, pedía á la hermana que encendiera la luz ó le dijese la hora; nada, pretextos de que le hablaran, de distraerse de la obsesión, suave á sus comienzos y después desagradable; necesidad de no saberse á solas con aquella intrusa que venía á interrumpirle las dulzuras de su convalecencia y las de no pensar con fijeza en cosa seria; que si de quietud y reposo había menester para su cuerpo, más reposo y quietud pediale el pensamiento.

A las ocho en punto, aparecíase por segunda vez Julián

precedido de la «casera» que subía la cena, harto más frugal que la comida; y á partir de las nueve—la religiosa recogida ya en la pieza de entrada, en una alcoba hecha de cortinas y pedazos de alfombra, que la secuestraba de indiscreciones,—empezaban á caer varios amigos, pocos, los que de veras quisieron siempre á Salvador como individuo y como artista. Cisneros, el médico de cabecera, distinguíase por su puntualidad invariable. Atenta la mudanza de tiempos, que hoy no era ayer ni Salvador podía observarlos igual que cuando recibíalos en la casita de San Rafael—de bien provista despensa,—los cuatro ó cinco fieles aportaban con botellas de cerveza y tequila, con *tortas compuestas* y cigarrillos, aun con un paquete de esteáricas de «La Estrella» por si la charla alargábase, y le hacían la tertulia al convaleciente hasta después de media noche, en que salían de la complicada topografía de la casona—Cisneros y Covarrubias inclusive—como Dios les daba á entender, tropezando aquí, golpeándose allá, sofocando risas y torpezas á fin de evitar que la portera ó algún vecino malhumorado les armase un cisco de gendarme y todo.

Consistía lo extraordinario de estas reuniones, sin las cuales días atrás Salvador no podía pasársela, que ahora, no obstante que en ellas tomaba activa parte, que se empeñaba en controversias, y de bonísima gana reía de chistes y agudezas, no le resultaban. Fuera de algunos puntos de contacto que en el modo de pensar y de decir reconocíase con Cisneros, y fuera de los muchos que á Covarrubias acercábanlo, lo que es los otros, sus *amigos y hermanos* de antaño, quedábanle á millones de leguas; como á todos nos quedan tantos individuos que por una causa ú otra, tratamos con frecuencia y aun con intimidad legítima casi. Vaya, que diversas noches, hasta deseó Salvador,

para sus adentros, que abreviaran su permanencia y su pali-que. Y no sabía, no atinaba con la causa; ellos seguían siendo los mismos, simpáticos, inteligentes... ¿Sería él, Salvador, el que habría cambiado á causa de la enfermedad, muy larga, para salir vivo de sus zarpas; muy corta, para achacarle mutación tamaña?... Ello es que el pintor, conforme le retoñaba la salud, y con ésta su aletargada madurez de juicio, reconocíase distinto de ellos y con más de una superioridad que á nadie sino á sí propio confesábase. Las teorías del grupo, su manera de aceptar la vida y de llevarla á cuestras tan satisfechos, le despertaban añejas ideas de su fábrica que pugnaban con éstas que él se aprendió de memoria y practicó por tanto año reputándolas lo mejor de lo bueno. Hoy, nó; hoy, algunas, inspirábanle iras que á duras penas ahogaba; otras, asco, y todas, absolutamente todas, una conmiseración suprema, de sér superior de verdad, á quien contristan y apenan los males irremediables de sus semejantes. ¿Por qué mudanza tal, si durante la enfermedad, su razón, antes que iluminarse permaneció aletargada en los limbos de la fiebre?... El fenómeno, si estaba ahí, noche á noche, con cada palabra que decíanle, con cada teoría que le sustentaban, en los rostros que veía y en los ademanes que contemplaba; rostros, ademanes, teorías y palabras que se quedaba considerando aun después de partidos sus amigos, mientras él desnudábase despaciosamente y más despaciosamente conciliaba el sueño. De fijo se hallaba en presencia de una crisis anormal digna de estudio reservadísimo, para no herir ni lastimar á nadie, si con terceros consultábalas. Al fin y al cabo en algo había de parar, ó quizá en nada, en tonterías de convaleciente que luego, ya del todo sano, no vuelve á recordarlas sino para reír de ellas y de sí mismo.

F. GAMBOA

Una mañana, Cisneros licenció á la religiosa, con buenas palabras por vía de pago, y promesas de ocuparla muy en breve, por vía de gratificación, explicándole á Salvador que esas santas mujeres no cobraban ni un centavo, que admitían cuantas limosnas dábanles espontáneamente, y que si ni éstas podía dárselos, se marchaban con igual conformidad, no á descansar ¡quíá!, al lado de otro enfermo, cuyo mal no las preocupaba, ni los contagios, ni los sexos; en ignorada y perpetua abnegación, retando á la muerte, la cual, ni cuando á ellas por remate las ultimaba, las arredraba en lo mínimo.

—¡Hermana!, ¡hermana!—le gritó Salvador;—¡óigame Ud. un momento!

Regresó la religiosa á la vivienda del artista ya en pie y con ligero color en sus mejillas, y lo miró con extrañeza.

—¡Hermana, por favor, llévase Ud. un recuerdo, lo que le agrade de mi pobre estudio!...

—¡Ya lo llevo, ya!—le repuso la religiosa, partiéndose de nuevo con risa de niño,—el alivio de Ud. y la esperanza de que también cure de todas esas cosas que habla contra la Iglesia, esas telarañas que le empañan la vista y le ofuscan el sentido...

—Nó, si éstas son así—terció Cisneros, que por encontrárselas á menudo en los lechos del dolor y de la muerte, y saber cómo se comportan durante y después del peligro, reía á su vez del asombro pintado en la cara de Salvador.—Éstas son así, según Ud. lo ve y lo oye... ¡Nos humillan, artista, nos humillan, á pesar de nuestras palabrotas y de nuestros pantalones!... A otra cosa, que también yo me despido, quiero decir, como médico, pues como amigo me ha de tener por acá con mayor frecuencia de la que apeteciera, ¡se lo apuesto!...

RECONQUISTA

—Pues, señor, ¡día completo!—exclamó Salvador abrazando estrechamente al galeno.—Y á Ud., ¿con qué le pago, á ver?...

—¿En serio, pretende Ud. pagarme?...

—¡No había de pretenderlo, doctor, con el alma y la vida!

—Ni vida ni alma exijo, ¡al contrario! Págueme usted con pinceles, pintándome algo, y quedamos á mano. ¿Se acepta?...

¡No que no! En el acto principiaria el cuadro; asunto libre y «verdadero», sacado de su caletre y de lo que sus ojos habían visto en la fiebre... asuntos extraños, que ahora, de nuevo en salud, de ellos dábase cuenta y aseguraba que valían la pena.

—Le advierto que tendrá que hacer para rato—insistió Cisneros maliciosamente,—porque Julián va á cobrarle en parecida moneda...

—Ya sé, ya sé—replicó Salvador risueño,—anoche habíamos de eso.

—¿Hablaron, eh?... ¡Mejor!... Pues nada, amigo Salvador, á trabajar, que hoy queda Ud. dado de alta.

Covarrubias, en efecto, habíale hablado la víspera en el propio sentido cuando Salvador, porfiadamente, quiso averiguar de dónde salieron los elementos para asistirlo y mantenerlo. Las cuentas resultaron claras: el médico, nada cobraba ni cobraría; era amigo de Covarrubias y muy dado á estos rasgos, no porque se hallase en condiciones de afrontar larguezas tamañas—el hombre andaba á los principios de la clientela, y la parienta y tres crios, con ser ella hacendosa y ellos todavía pequeños, comíanle medio lado,—sino porque era bueno de veras y por los artistas se parecía, así fuesen éstos coristas de zarzuela. De consiguiente, al facultativo debía se: cero, cero. A la re-

ligiosa, por mejor decir, á la superiora ó lo que fuera, de la congregación, se le habían allegado cinco durillos.

—No es caro, ¿verdad? Tú ó yo los habríamos reclamado diarios... Con que llevamos, pesos, cinco...

En la farmacia se debía un dineral, unos quince ó veinte pesos lo menos, que, por fortuna, eran pagaderos en abonos mensuales. Covarrubias también cultivaba amistades con el dueño:

—... un chico que hace versos y que vendrá á visitarte—añadió á guisa de recomendación.

Por lo que á los alimentos miraba, Covarrubias, que hubo de abandonar su fonda, su «Mundo de Colón», ajustó ventajoso trato con la «casera», á la que no se debía ni un ochavo; pero sí parecía indispensable y urgente pagar lo suplido por el novelista y los veinticinco ó treinta pesos pormenorizados:

—Y atento que tu capital en tu paleta radica, de tu paleta habrás de extraerlos pintando todo el santo día cual antes pintabas, y yo me encargo de ir dando salida á los cuadros, que me sobran conocimientos y relaciones. Tú pintas, yo vendo, y al final liquidamos, á fin de ahorrarte pudores; conozco el género, y de ese pie cojee yo mucho tiempo... ¡Ah!, se me olvidaba, detrás de tu «Quijote», en el estante chico, te encontrarás cuatro cartas de Evangelina que ya puedes leer sin riesgo, aunque te anuncien pestes y rayos... Ahora, á trabajar como los hombres, á libertarnos de deudas, y cuidado con pillar otro tabardillo, ¡pues sólo el Nuncio vendría á atenderte!... Mañana se acaba el congreso nocturno, yo pronunciaré el discurso de clausura.

Se marchó tan campante, dejando á Salvador sin habla de pura emoción, por comprender demasíadamente el plan de su amigo: después de haber ayudado á que curara del

cuerpo, quería ayudar á que curara del espíritu, sin palabrerías ni vanos alardes, noblemente, aconsejando el trabajo, estimulándolo con el pago de la flaca suma insoluta, á la que prestaba proporciones de montaña para que su prédica se justificase; plan que al siguiente día, con el pedido de Cisneros, resaltaba en toda su elevación. Cisneros y Covarrubias, coligados, intentaban el salvamento del artista que palpitaba dentro de Salvador y que desde antes de la dolencia conjurada venía muriendo de lenta muerte tristísima, ahogado en alcohol, herido de envidias y ruindades, mártir de mil y una miserias ante las que había doblado las manos y dádose por vencido sin ensayar la lucha.

Con las primeras pinceladas—pues Salvador se puso manos á la obra con la más sana intención y los más rectos propósitos,—empezaron á apuntarle reacciones que no aguardaba tan pronto. Desde luego, gran apego al trabajo, cual si no lo hubiese interrumpido ni descuidado; después, sin fin de asuntos que le dormitaban en la mente, los trasladaba al lienzo con facilidad grande; ¡naderías, concedido!, mas naderías que se disputarían en el mercado anémico de la capital, á causa de su sinceridad y belleza: escenas de campo, de los campos de su niñez, que brotaban una tras otra; tipos de su tierra, arrieros, caminantes, recuas, ganados en sus dehesas, rediles habitados ó desiertos, sus montañas, su río; hasta fragmentos de su solariega casa: el corral para los corderos, la troje con su cruz, la fuente de piedra sombreada por dos naranjos; la mismísima solana con su corredor amplio y florido, arriba, donde sus viejos solían calentarse durante los inviernos crudos de la sierra bravia, que, á modo de magnífico telón de fondo de un teatro enorme, limitaba la heredad por su frente, para en sudario transmutarse cuando nieves y pedriscas en sus picachos se instalaban... Pintaba Salva-

F. GAMBOA

dor, sin descanso, cuadros pequeños que Covarrubias iba vendiendo á precios muy razonables, según su decir:

—¡Anda, Salvadorcillo, pinta más, hijo, pinta más, que si así seguimos, pronto dispondrás hasta de ahorros que te permitan consagrarte á tus cuadros grandes!

¡Más que de la resurrección de su carne, admirábase Salvador de la de su espíritu! ¿Pues no tiraba ahora hacia los caminos antiguos, los que de su comarca montaraz pintaba, los que de niño había recorrido su alma y hacia los que también, su pensamiento por lo menos, se le escapaba de los tejidos del cerebro, por entre los tejidos de la tela ya embadurnada se le metía, y para darle alcance tenía Salvador que interrumpir la labor, y corre que te corre, no parar sino en los tiempos idos y en las personas muertas?... Al alcanzarlo, con él posábase á gusto en los aleros de su infancia, como sus ojos expertos de artista posábanse á gusto en los aleros de las casucas y de la parroquia de su lugar, luego de revivirlas en los cuadros pequeños y sentenciados, desde antes de nacer, cual fruto de esclava preñada, á ser vendidos en cuanto nacieran.

Decididamente, la enfermedad habíale aprovechado, y la nobilísima idea de Covarrubias y Cisneros de despertarle las energías y vocación amodorradas, habíalo repuesto, si no del todo, sí muy cerca del recto sendero. Ya no le atormentaba el que en cantinas y cafés lo despellejaran vivo, y frente á copas colmadas de cerveza lo diputaran artista de similor que no ejecutaría nunca cosa de provecho ni legaría obra que le sobreviviera; ya no rabiaba por que el gobierno estancara las fuerzas sanas del país por miedo á que si les daba suelta, en avenida implacable y justiciera convirtiérase y arrasara con toda la indignidad progresiva, con la avilantez de que gobierno y pueblo eran cómplices, á su modo de juzgar; ya no tronaba contra Dios y

RECONQUISTA

sus santos, á los que dejaba que continuasen incrustados en las conciencias de las gentes sencillas y en las de los creyentes honrados; ya llevaba flores á la tumba de Emilia en los aniversarios señalados, y llevaba al correo largas respuestas cariñosas á su hija Evangelina, madre por segunda vez, y por la millonésima, nostálgica y desdichada en su salvaje rincón de Chiapas; ya al trabajar, cantaba, y no bebía el mismo número de copas que antes de encamarse; ya, gracias al contraído hábito en la convalecencia, recogíase temprano casi siempre, aunque una noche que otra se permitiese, en compañía de Cisneros y Covarrubias, oír la zarzuela en boga. Y lo más difícil, ya veía, sin añoranzas ni saudades, la ancha mole de la Academia de San Carlos, los horribles medallones de su fachada; ya hablaba con sus antiguos *comprofesores*, y en el estudio admitía á aquellos de sus discípulos que aún recordaban sus cátedras flagelantes, valerosas, vibrantes todavía dentro de la añosa escuela castrada por la burocracia imperante, en la que se llegó á enseñar el paisaje copiándolo de libros apolillados y extranjeros, en lugar de copiarlo de nuestra naturaleza soberana... Ya nada de eso importábale un ardite; ya no se encendía en discusiones, ni lo sacaban de quicio las doctrinas bárbaras ó los modernismos dislocados. Ya callaba en público, sin batallar, sonriendo á troyanos y á tirios, de los que se alejaba—por mucho que de tarde en tarde continuase tratándolos, y abrazándolos, y tuteándolos como ayer,—más cada día, en espíritu y en ideas, insensiblemente, paulatinamente, necesariamente...

No se reputaba bueno, sin embargo; y á medida que la Justicia y el Derecho instalábanse de nuevo, en sus adentros, reconocíase con una obligación imperiosa, difícilísima de cumplir. No acertaba á confesarse á sí propio cuál era la tal obligación, por más que en su magín la deletreara en



tanto pintaba las cosas de su tierra. Resistíase á declararse culpable, en virtud sin duda de lo que se suponía haber padecido á causa de los otros, sus compañeros, amigos y allegados. Precisamente porque sentíase tan á gusto dentro de su papel de víctima, esforzábese por no pasarse al de victimario, é inventaba serias preocupaciones que se ponía á determinar interrumpiendo su quehacer, guardando sus pinceles en el florero de porcelana japonesa, apoyando el tiento en el caballete y quedándose las horas metido, adrede, en otros vericuetos que le alejaran el pensar del abismo ése que muy poco á poco iba ensanchándose en la conciencia. Poníase á discurrir sobre las causas de su actual indiferentismo, de aquel su completo renunciamiento á lo que antes de enfermar, tanto le preocupaba y affigía. Con deliberado propósito, internábase en las selvas de la cuestión social—diz que para prepararse mentalmente á la terminación de su gran cuadro esbozado en el lienzo,—ó, siempre bajo el mismo pretexto, y si en lugar de encontrarse á solas en su estudio, se encontraba de charla con Covarrubias y Cisneros, se ponía á discutirlo con tenacidad de apóstol y extremos de libertador á quien no amedrentan consecuencias ni reconoce obstáculo ó peligro que le ataje el discutir y publicar lo que considera infalible remedio.

—¡No es que ya no se me importe del porvenir de nuestra tierra y nuestra gente—les afirmaba,—y si así lo dije, dije mentira; que conforme más me reconcentro y aislo, mejor estudio el negro problema de lo que será de ambas, problema negro por culpa exclusiva de nosotros, y que si yo creyera en maldiciones y anatemas, á anatema ó maldición atribuiría la causa! Yo vengo de muy lejos ¿qué se creen Uds.?... Soy un aragonés de origen, de los que por sí solos valía cada uno lo que un rey vale, y reunidos, más que las potestades y que los tronos. ¡Sí, sí, no reirse!... Yo

llevo en mi sangre grandes fueros, en mi cerebro la concepción exacta del Derecho, y en mi corazón un amor inextinguible á débiles y desamparados... ¡Sí, soy un nieto del Quijote!... ¿No ibas á echármelo en cara, Julián?... ¿no siempre me sales con la misma?... Todos los que de españoles descendemos, Quijotes somos, no tiene quite; sino que en ocasiones, más aprecio hacemos de Sancho Panza, que de lo que prescriben y ordenan los libros de caballerías... Y como vine á nacer en México, donde por desgracia para el castigo somos *sanchos* y para el lucro *panzas*, panzas insaciables y sin pizca de jugos gástricos, digo, de sentido moral, pues...

El novelista y el médico no le consentían seguir adelante; tapábanse los oídos, fingían taparle la boca, y los tres concluían riendo.

—A veces sí que lo creo á Ud. Arteaga y Quijote... por lo que disparata—decíale Cisneros, que gustaba de su habla pintoresca y agresiva.

Salvador enseriábase, hacía á un lado la broma, y entraba de lleno en el desarrollo de su tesis.

—¡No, doctor, permítame!... Ud. es como este Julián, de los que juran que nada de provecho podemos esperar de nuestro pueblo, ¿no es cierto?... Y mirando el asunto á la ligera, cualquiera declararía que se hallan Uds. en lo justo. En efecto, ¿qué esperar de nuestros ilotas, si apenas saben leer, si no se bañan, si malgastan el jornal y apalean á la hembra; si por su alcoholismo, engendran epilépticos; si ignoran el ahorro y las leyes que los protegen; si en nuestras luchas son carne de cañón, y en nuestra paz, ellas, flores de fango, y ellos, casos clínicos y carne de presidio, cuando no de la horca?... Pues yo le aseguro, doctor, que si les estudiaran las entrañas, á pesar de las lacras detalladas y de otras que no mencioné, resultarían mejores, un